

ESCRITURAS PRIVADAS, LECTURAS PÚBLICAS: EL AFORISMO EN MÉXICO

Javier Perucho

Universidad Autónoma de la Ciudad de México
jperucho@hotmail.com

Para Ignacio Betancourt, mi amigo

RESUMEN: En “Escrituras privadas, lecturas públicas: el aforismo en México” expongo un horizonte del aforismo, la redención literaria del género, sus simpatías y diferencias con las arquitecturas narrativas que recurren a la brevedad literaria – microrrelato, apotegma, sentencia, máxima –, así como a la tradición popular – leyenda, adivinanza, proverbio, chiste – para su concreción artística. De igual modo apunto una demografía autoral y un inventario libresco de esta “musa menor”, que tiene una presencia seductora en las letras nacionales por dilatada, indocumentada y soterrada. Presencia que dispone de una historia secular con al menos un siglo de tradición, si partimos para su documentación del libro de Francisco Sosa, *Breves notas tomadas en la escuela de la vida* (Imprenta de Antonio García Cubas, 1910), capital para el aforismo mexicano, pues podemos considerarlo el punto de partida para establecer la historiografía literaria del aforismo.

PALABRAS CLAVE: aforismo, historia, autores, antologías, redención del género.

ABSTRACT: This paper gives a panoramic view of aphorisms, its literary redemption as a genre, and spells out its similarities with and differences from other narrative structures based on brevity (micro fictions, apothegms, sentences, maxims as well as legends, riddles, proverbs, jokes). I also draw up an authorial demography and a textual inventory of this “lesser muse” which has a seductive presence in Mexican national literature due to its vast, undocumented and concealed nature. It has more than a hundred years of tradition from Francisco Sosa’s book, *Breves notas tomadas en la escuela de la vida* (Antonio García Cubas’ Press, 1910) which is actually our starting point to establish the literary historiography of the genre.

KEYWORDS: aphorism, history, authors, anthology, redemption.

INTRODUCCIÓN ARBITRARIA E IMPROBABLE AUNQUE CIERTA

El siglo veintiuno ofrece a los historiadores de la literatura mexicana la oportunidad de allanar tres vacíos documentales que se han arrastrado desde la impasible centuria anterior, nominativamente expuestas consisten en las vertientes de la microficción, el compendio del aforismo y los capítulos correspondientes al poema en prosa, arquitecturas

narrativas que se han gestado con asombrosa fertilidad en la tradición literaria mexicana, pero carentes de su correlato historiográfico. Esta falta de atención crítica y mirada retrospectiva acaso se deban a que el aforismo, la microficción y el poema en prosa sean considerados incluso en la actualidad los géneros menores de una cultura literaria. A pesar de dicha conjetura, estos géneros son las estructuras más refinadas de una cultura de la palabra escrita, pues expresan su madurez, la solidez de una tradición y ciñen las gramáticas más depuradas de sus lenguajes.

La ausencia de historia de tales géneros representa un hoyo negro que solicita particular atención en los estudios literarios del presente para sistematizar sus acervos, difundirlos o para analizarlos. El desafío, cuyos empeños clarificadores han de emprenderse en cualquier momento, ahí se encuentra. Naturalmente, cierto trabajo se ha hecho para colmar tal vacío. Tanto del poema en prosa como del aforismo y la microficción ya se disponen de sendas antologías genéricas.

El pionero en establecer un corpus inicial sobre la prosa poética en México fue Luis Ignacio Helguera, quien en 1993 lanzó esa antología primordial, de nombre llano: *Antología del poema en prosa en México*.¹ A su vez, los competentes florilegios elaborados por Lauro Zavala sobre el microrrelato mexicano en particular – y sumariamente latinoamericano –, llenaron con suficiencia las exigencias de rescate, divulgación y estudio que requirió el género en su primera etapa de sensibilización, acumulación y reconocimiento no sólo en México, sino en Latinoamérica e incluso Europa. Aunque parciales e iniciáticas, dos antologías sobre el aforismo se disponen hasta el presente. Una fue emprendida por el poeta y editor Luigi Amara, “La tradición fantasmal del aforismo en México” (2006);² la otra, por este comentarista, “El aforismo en México” (2005);³ sin embargo, ya cumplidos sus propósitos de divulgación cultural y sensibilización literaria, es hora de la reflexión. Anoté parciales pues integran un cuerpo documental y trabajo crítico que se encuentran en sus procesos de recopilación y estudio, los pasos previos a la elaboración de su historia. Previa a estos florilegios, aparecieron otras, pioneras, pero no se centran en el aforismo autóctono, sino en el universal, concertadas bajo la batuta de Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha Romero, *Aforismos (Una selección libre)* y el *Diccionario antológico de aforismos*.⁴

Cabe señalar, sin embargo, que cada una de las antologías referidas se han convertido en auténticas empresas de cultura, pues cubrieron cabalmente con sus propósitos de inventariar nombres y censar obras, así como de sistematizar la trayectoria literaria de una modalidad genérica sin historiografía. En cada una, se fijó la tradición y puede desprenderse explícitamente un canon. El destino manifiesto de la crítica y la historia literarias ahí encuentra la realización de sus tareas.

¹ Luis Ignacio Helguera (estudio preliminar, selección y notas), *Antología del poema en prosa en México*, México, FCE, 1993, 461 pp.

² Luigi Amara, “La tradición fantasmal del aforismo en México”, en *Cuaderno Salmón*, año 1, núm. 1, verano de 2006, pp. 207-219.

³ Javier Perucho (selección), “El aforismo en México”, en *La Jornada Semanal*, núm. 518, 6 de febrero de 2005, pp. 8-9, 14.

⁴ Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha Romero, *Aforismos (Una selección libre)*, México, UPN, 1992, 104 pp.; Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha Romero, *Diccionario antológico de aforismos*, México, UAM Iztapalapa, 2007, 438 pp.

Por otra parte, a las mencionadas compilaciones aforísticas, microficciones y poemáticas las acompaña un estudio liminar que tiende a deslindar la naturaleza de cada género, su taxonomía y registro en las letras nacionales. Por su carácter inaugural, adolecen, en cambio, de una historia y crítica de tales formas expresivas, aunque en cada una se barrunta su análisis. Sus antologadores tuvieron el privilegio indisputado de establecer las bases documentales y el soporte literario; empero, el tiempo de su biografía como arquitectura genérica ha llegado, pues de aquéllas se desprende la documentación básica para iniciar una historia general de estos géneros particulares.

Hasta ahora, las historias literarias de la microficción, el aforismo y el poema en prosa están por escribirse en México, de igual modo que están por realizarse las obligadas tareas historiográficas en el resto del continente y las respectivas vertientes genéricas aparecidas en Europa, de donde no siempre se desprendieron, ni encontraron su mayor florecimiento. En Grecia encontramos la cuna remota del aforismo, en Alemania, su expresión moderna; en Francia, la pila bautismal del poema en prosa. ¿En Latinoamérica apareció el microrrelato? Sí, por la documentación disponible hasta ahora. Podemos afirmar que en España hubo un desarrollo paralelo, también sólidamente documentado. Regreso a las antologías para insistir: esos trabajos ya cumplieron con su función de sensibilización, rescate, censo y demografía. La etapa siguiente para estos géneros de modernidad – luego de su asentamiento cultural y consolidación académica – exige una historia literaria para cada cual, como modalidades expresivas de una tradición pletórica de formas, modos y tesituras.

Por otra parte, aun no siendo éste el espacio para la exposición de definiciones y morfologías de cada género, apunto nada más que la microficción tiene a Fernando Valls, en Barcelona, a Lauro Zavala en la ciudad de México, a Henry González en Bogotá y a David Lagmanovich en Tucumán a sus historiadores, teóricos principales. Y a un lado los acompañan una pléyade de antologadores y analistas distribuidos en las capitales culturales del continente, cuyos afanes legitiman a la narrativa más breve.

Respecto al poema en prosa, las antologías de Luis Ignacio Helguera, *Antología del poema en prosa en México*; la de Jesse Fernández, *El poema en prosa en Hispanoamérica. Del modernismo a la vanguardia*,⁵ y el detenido estudio de María Victoria Utrera Torremocha, *Teoría del poema en prosa*,⁶ sobresalen por el valor agregado de su documentación, prolegómenos teóricos y fijación de autores, corpus y autoridades.

En el deslinde del aforismo, el territorio de sus modalidades, usos y figuras está por explorarse y descubrirse, por dicha razón la tarea debe iniciarse desde el inventario de sus cultivadores, rastreo de obras, registro de fuentes, hasta la culminación de las requeridas antologías genéricas para después asentar los prolegómenos a su historia literaria. El presente ensayo procura insertarse necesariamente en esa órbita de la exploración. Continúa el primer empeño realizado en la antología publicada hace unos años en el suplemento cultural del diario *La Jornada*. Ya conformado como capítulo, esta cartografía se fundirá en un apartado del estudio general, el cual dará inicio a un volumen sobre la historia y

⁵ Jesse Fernández (estudio crítico y antología), *El poema en prosa en Hispanoamérica. Del modernismo a la vanguardia*, Madrid, Hiperión, 1994, 240 pp.

⁶ María Victoria Utrera Torremocha, *Teoría del poema en prosa*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1999, 395 pp.

antología del género en México, actualmente en preparación, del que tiene en sus manos y frente a sus ojos las páginas liminares.

SÍNTOMAS DE LA PLUMA, ENFERMEDAD DE LA TINTA

Como género de la madurez vital, intelectual y expresiva, el aforismo es una estructura prosística que admite en su composición las más variadas formas y contenidos. Carece de una arquitectura interior a la cual restringirse – de ahí sus libertades –, como sí la tienen, por ejemplo, las formas líricas del soneto, el epigrama o el salmo, que se alojan en un armazón fijo, irrenunciable, a cuyo patrón compositivo debe atenerse el poeta como constancia de su dominio expresivo y conquista del continente abordado. De ahí se desprende que esos formatos, incluyendo el aforismo, demanden a sus practicantes dominio del oficio, la experiencia que concede la madurez y un universo forjado. Por dichas razones, casi ningún escritor imberbe ha publicado aforismos, hasta ahora, en la historia literaria. La experiencia de vida, la práctica de la escritura, el bagaje intelectual y su consideración ha de esperarse que se viertan en la forma inasible que da consistencia al género. Como en el luengo maratón, el aforismo exige a un escritor de fondo, ya entrado en los años de la vida. Naturalmente, a la edad tentativa de los cuarenta. Adelanto dos ejemplos que señalan derroteros en la tradición mexicana: Maximiliano de Habsburgo y Salvador Elizondo, quienes en la tercera década de sus vidas publicaron su obra aforística. El primero estaba destinado a dirigir un imperio irremediablemente fallido; el otro, a compendiar una poética del dolor: “El dolor corporal, como el amor y el mal, no tiene término ni límites. La tortura es su expresión tangible y su demostración.” El razonamiento complementario a este último aforismo asienta: “La tortura sólo es tal si su fin no es la muerte. Un supliciado a muerte es, inequívocamente, la más alta torpeza del verdugo.”⁷ Señalo apuradamente que los escritores Jezreel Salazar y Luigi Amara, nacidos en los años setenta, acumulan en el momento de pergeñar esta observación una década practicando el género.

En otras tradiciones, el escritor senil atizaba habitualmente el fuego del género. Lichtenberg, Kafka, Canetti y Cioran expresaron su razón literaria en sentencias aforísticas a la edad media; otros, como Augusto Monterroso, Edmundo O’Gorman, Augusto Roa Bastos y Alfonso Reyes, la blandieron en la plenitud de los años que ofrecieron sus vidas.

Por tal circunstancia de madurez y en ausencia de una geografía literaria que trace sus linderos, el aforismo se ha convertido en un continente que acepta en su fuero interno sentencias, definiciones, diálogos, transcripciones, pensamientos furiosos, evangelios políticos, proclamas, soliloquios en voz alta, citas en otras lenguas, sobre todo del francés, recurso que es un misterio en Lichtenberg, por mencionar un solitario caso, pero no en Salvador Elizondo: “...*Nos convictions les plus inébranlables ne le sont que du fait qu’elles proviennent d’un resentment.*”⁸

En los libros que compendian aforismos no existe unidad temática, progresión y clausura con o sin contundencia, estas características generales son la distinción genérica y común denominador del corpus recopilado. Sus particularidades se ubican en el estilo, los

⁷ Salvador Elizondo, *Cuaderno de escritura*, México, FCE, 2000, pp. 127 y 131.

⁸ *Ibid.*, p. 127.

temas abordados y la innovación formal. Entre ellas, sobresale la ponderación del género en sí mismo. Tal como lo hizo Gabriel Zaid al exponer su definición genérica en “El ensayo más breve del mundo”: “No hay ensayo más breve que un aforismo.”⁹

Otra característica del aforismo, requerida por Alfonso Reyes, Carlos Díaz Dufío jr., José Emilio Pacheco o Juan García Ponce, es la economía verbal. Éste es el género que subordina los tiempos de la acción al remanso de las definiciones. Por supuesto, es más sustantivo que adjetival. Por esta naturaleza, ningún vocablo padece de orfandad sintáctica. Por esta condición también, si se formula apegada a los preceptos de la brevedad (concisión, elisión, condensación), mayor será el despliegue de significaciones reveladas por su carga de profundidad. La condensación es una de sus propiedades textuales, de ahí que en el abanico de significaciones intrínsecas encuentre sus rangos de apertura.

Como en la sentencia o el refrán, géneros de la oralidad con los que comparte el laconismo y la concisión del pensamiento gregario, el aforismo resume experiencias de vida, aunque a diferencia de aquéllos, anónimos y colectivos, el aforismo nace con una autoría que reafirma la identidad de un sujeto que no necesariamente habla a nombre de una comunidad, ni pretende una lección moral o una enseñanza, aunque amasar el consenso es uno de sus propósitos intrínsecos. Quienes practican este género expresan su razón y circunstancia, la comparten, pero no inducen las acciones de un sujeto, acaso las soliviantan. El aforismo al despojarse de esas pretensiones de docencia y vocería, encuentra su constancia de modernidad, a la que acarrea hasta su última frontera. Elizondo plasmó su descripción de esta manera: “Un aforismo es una definición siempre arbitraria de algo improbable, pero cierto.” Ya se vio, ni la tautología, ni la metaficción le son ajenos al género en el momento de su gestación.

LA MONJA, EL PATRIARCA Y EL EMPERADOR

El aforismo mexicano, como sucede en el resto de Hispanoamérica, es un género sin historia, aunque con una tradición secular que se remonta a la Nueva España, la República o el imperio. Épocas históricas que encuentran su representación en sor Juana, Benito Juárez o Maximiliano. La monja, el patriarca y el emperador fueron los escritores precursores que recurrieron a esta arquitectura literaria para expresar juicios, argumentos y sentencias. En la Décima Musa se localizan los primeros indicios de un pensamiento que cifra la experiencia; en el Benemérito, la argumentación política para conservar íntegra la patria acosada; en el monarca, la dirección fallida de un reinado imposible. De los tres, sólo Maximiliano de Habsburgo cultivó la expresión del género como modernamente lo conocemos, como editorialmente lo frecuentamos, en su libro autobiográfico *Recuerdos de mi vida. Memorias de Maximiliano* – traducido al mexicano a dos manos en 1869, por José Linares y Luis Méndez –, donde se valió de la forma aforística para expresar su educación sentimental, ideario político y voluntad de poder. Por sus aforismos, se puede inferir que Maximiliano desde su infancia fue educado para heredar un reino, no para conducirlo y menos para gobernarlo.

Durante el siglo XX – usted, lector, me perdonará el interregno literario, ya que a la centuria anterior la cubre un inmenso hoyo negro –, la asamblea de escritores reunidos en

⁹ Gabriel Zaid, “El ensayo más breve del mundo”, en *Leer poesía*, México, Océano, 1999, p. 50.

torno al Ateneo de la Juventud dio un sólido y prestigioso impulso al género. De sus militantes, en este apartado abordaré de manera sinóptica los cultivados por Alfonso Reyes. Aunque señalo nominalmente a Julio Torri, Mariano Silva y Aceves y Carlos Díaz Dufío jr., también artífices del relato brevísimo. De los integrantes de este grupo, tal vez la obra aforística más conocida sea el volumen *Epigramas*, de Díaz Dufío.

El *Anecdotario* de Alfonso Reyes estalla en aforismos – como sucede en los *Epigramas* –, anécdotas, cuentos brevísimos, estampas, apuntes y anotaciones de un diario, las formas que él llamó “briznas”, en el decir alfonsino: “el gotear espontáneo de la tinta, la enfermedad congénita de la pluma”. En estos singulares caprichos narrativos, la picardía, la jiribilla política, el humor, la madurez y la edad de la razón entraron en juego para la composición de su pensamiento aforístico; sin embargo, en el *Anecdotario* no se distingue como diseño editorial, parte o sección literaria, ya que todas las formas comulgan en un caos primigenio en el mismo libro recipiente. Dichas formas conviven en una nebulosa prosística donde el buscador de pepitas logrará distinguir a las musas menores que cohabitaron en la obra alfonsina, si emprendió su lectura, claro está, con el afán de clasificar las siguientes expresiones, opino que aforísticas. ¿Cuál será la opinión suya, lector?

Los caudillos sin penacho, sin simpatía, se vuelven líderes.

Para que la Creación se mantenga es fuerza que haya un error de cuando en cuando. De ahí Luzbel. Que esto nos sirva de consuelo a la hora de la contricción.

Casi siempre, los hombres piden consejo, no para seguirlo, sino con la esperanza de que los confirmemos en las insensateces que desean cometer.¹⁰

Publicada su segunda edición hace cuarenta años, el *Anecdotario* merece una segunda vuelta a la vida editorial, aunque tal vez sea más iluminadora por entusiasta la siguiente tarea: la compilación y posterior edición de su aforística disgregada entre las obras completas de Reyes. No será un trabajo forzado, pues su estilo era proclive a la sentencia, al juicio lapidario, a la máxima, formas que requieren una economía férrea de la palabra. Se trata de una tarea obligada ahora que ya fueron compilados parcialmente sus cuentos de calado mínimo, recogidos en *Ninfas en la niebla. Cuentos brevísimos de Alfonso Reyes*.¹¹

Con estos sumarios antecedentes literarios, la tradición del aforismo mexicano arraigó y se fortaleció, al grado de que puede afirmarse que cada escritor canónico o raro ha incursionado por las arenas movedizas del pensamiento furioso. Y cuando no fue así, por la magnitud y fuerza de las aseveraciones de ciertos escritores proclives al género, algún antologador presuroso ya espigó su obra para encontrar esos argumentos fulminantes, como sucedió en los casos paradigmáticos de sor Juana Inés de la Cruz, Max Aub o Luis Cardoza y Aragón, entre otros más, quienes en vida o en obra nunca escribieron o publicaron aforismos como tales, pero de su creación lírica, narrativa y ensayística puede desgajarse con toda facilidad la lógica literaria del aforismo. Otro caso más puede mencionarse, el del

¹⁰ Alfonso Reyes, “Briznas”, en *Anecdotario*, México, Era, 1968, pp. 77, 84, 90, respectivamente.

¹¹ Alfonso Reyes, *Ninfas en la niebla. Cuentos brevísimos de Alfonso Reyes*, edición de Genaro Huacal, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2006, 118 pp.

poeta Francisco Hernández, uno de cuyos admiradores le solicitó permiso para convertir ciertos poemas suyos en rotundos aforismos.

El autor de *El Testigo* es otro caso paradigmático, quien por correo electrónico respondió a una consulta sobre su práctica en el género: “En mi opinión hay dos clases de aforistas. Los que escriben deliberadamente con la intención de que esas frases funcionen sueltas y los que sumergen esas frases en textos más amplios, para que sean entresacadas por algún lector. Lichtenberg pertenece al segundo género. Dejé apuntes donde la posteridad encontró aforismos, al modo de lo que subrayamos en un autor favorito. Espero que ése sea mi caso. No he escrito nunca aforismo en forma directa.” (6 de octubre de 2010.) Ciertamente, como Georg Christoph Lichtenberg, su maestro, Juan Villoro pertenece al “segundo género”.

En el censo que expongo a continuación se encuentra un ajustado inventario de los escritores célebres, conocidos y noveles en México que han practicado el aforismo, antes y después de los ateneístas, que adelanto para establecer un panorama de la tradición y sus animadores, por cuyas obras el género vive justo en este momento – primera década del siglo XXI – la culminación de su época de oro: Edmundo O’Gorman, Francisco Tario, Francisco Sosa, Luis Cardoza y Aragón, Mariana Frenk-Westheim, Octavio Paz, Antonio Rodríguez Lozano, Gerardo Deniz, Augusto Monterroso, Gabriel Zaid, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, José de la Colina, Carlos Monsiváis, Juan García Ponce, Adolfo Castañón, Luis Zapata, Ricardo Yáñez, Guillermo Fadanelli, Gabriel Trujillo Muñoz, Pablo Soler Frost, Luis Ignacio Helguera, Armando González Torres, Luis Alberto Ayala Blanco, Amaranta Caballero y Jezreel Salazar, entre otras docenas más de escritores que han visto publicada su prosa aforística en libros, revistas, diarios, suplementos culturales y, durante la última década, en las bitácoras electrónicas de escritura, los imponderables *blogs*.

CENTURIA DEL AFORISMO MEXICANO

A propósito del centenario de la aparición del libro de aforismos de Francisco Sosa, *Breves notas tomadas en la escuela de la vida*, publicado en 1910 por la imprenta de Antonio García Cubas, expondré de manera complementaria a los apartados anteriores un horizonte del aforismo, la redención literaria del género, simpatías y diferencias con otras arquitecturas narrativas que recurren a la brevedad literaria – microrrelato, apotegma, sentencia, máxima – y a la tradición popular – leyenda, adivinanza, proverbio, chiste – para su concreción artística y trazar su deslinde. Asimismo, apuntaré una demografía autoral y un inventario libresco de esta musa menor cuya presencia en las letras nacionales ha sido seductora, indocumentada y marginal. Presencia es igual a tradición, que en este caso dispone de una trayectoria con al menos un siglo, si partimos para su documentación probada del libro de Francisco Sosa, capital para la historia del aforismo, pues este volumen puede considerarse punto de partida para establecer su historiografía literaria. Así pues, el origen, desarrollo y continuidad del género en México encuentra su encrucijada en *Breves notas tomadas en la escuela de la vida*.

HORIZONTES DEL AFORISMO

El aforismo es una de las musas menores que tiene una presencia escondida, muy dilatada, insólitamente indocumentada y soterrada en los túneles de los acervos literarios de las letras nacionales. No es usual su enseñanza en los centros educativos, tampoco su recensión en la crítica literaria, aunque logra cierta costumbre en la tertulia periodística, mas su historiografía muere de inanición por la falta de documentación con que nutrirla, ya que no se han sistematizado sus fuentes, menos aun se ha emprendido una bibliografía esmerada que pudiera dar noticia franca de los libros cuyos autores han cultivado el género en México, Hispanoamérica o Europa. Excepcionalmente, en España se impulsa una colección aforística, por la editorial Edhasa, que procura la difusión del aforismo universal, en particular el acuñado en español tanto en la península como en Latinoamérica, donde encontramos lo mismo las máximas de Lichtenberg, los razonamientos sublimes de Frederich Nietzsche, la obra precursora de Karl Kraus o el pensamiento americanista de Augusto Roa Bastos.

Verdehalago, una empresa editora de bajo presupuesto, desde hace unos lustros se dedica a la publicación, traducción y selección de la obra aforística de literatos mexicanos y europeos. En su colección Fósforos han aparecido lo mismo el pensamiento gregario de sor Juana, las máximas políticas del Benemérito de las Américas, la contemplación urbana de Fernando Curiel, que el género en sus vertientes anglosajonas en voz de Gottfried Benn, G. K. Chesterton, William Blake y Oscar Wilde. Asimismo, Fósforo, Ediciones Sin Nombre y Aldus, entre otras editoriales independientes, se han ocupado de difundir el pensamiento iluminado portugués, francés y alemán, importado al español mexicano por la diestra mano traductora de nuestros escritores.

La traducción del aforismo iniciaría en México con la publicación de los “Aforismos” de Maximiliano de Habsburgo, integrados al tomo dos de sus *Recuerdos de mi vida. Memorias de Maximiliano*, en traducción de José Linares y Luis Méndez (México, F. Escalante Editor, 1869). Y tiene su trazo de continuidad en la publicación de los *Aforismos* de Paul Valéry, realizada por Xavier Villaurrutia cuando dirigía la Editorial Cultura (1940), prosigue con la importación que hizo Juan Villoro de los *Aforismos* de Lichtenberg, a fines de la década de los ochenta, para el Fondo de Cultura Económica. La historia de la importación del aforismo es un asunto de prestigioso interés cultural, pues sus traductores han sido habitualmente no sólo escritores de prosapia, sino editores de alta cultura. Estos dos antecedentes forman apenas un apunte de esa historia literaria apenas emprendida.

De manera inaudita, el lector contemporáneo no dispone de una antología sobre el aforismo nacional, regional o universal en español. Apunto esta lengua pues en inglés sí se disponen de sendos florilegios sobre el género, a saber: Louis Kronenberger, *The Viking Book of Aphorisms*; y el compuesto a cuatro manos por John Gross y W. H. Auden, *The Oxford Book of Aphorisms*. Hasta el momento nuestro lectorado carece de un estudio que le explique los pormenores del género o facilite la redención literaria de esta singular arquitectura narrativa, como sí dispone de diversas antologías o estudios sobre el soneto o del epigrama. Como resultado de esta indolencia, no se dispone de una demografía autoral o un inventario libresco que faciliten un acercamiento maduro al lector interesado en el aforismo, su estructura, historia y crítica. Sin embargo, las antologías pioneras de Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha Romero (*Aforismos [Una selección libre]*) y el

Diccionario antológico de aforismos) ofrecen la salvedad a este injustificado hoyo negro en la literatura mexicana.

Escrituras privadas, lecturas públicas. El aforismo en México. Historia y antología, facilita entre sus propósitos de realización los documentos necesarios para su comprensión, las herramientas para la elaboración de su historia regional, sus vasos comunicantes con otras tradiciones literarias por la importación de títulos emblemáticos para el género debido a la mano diestra de autores nacionales; en resumen, procura elaborar el primer acervo bibliográfico y un censo inicial con sus principales autores para certificar la presencia en nuestra cultura literaria de un género frecuentado apasionadamente por sus cultivadores, terriblemente desconocido para el resto de sus potenciales lectores e ignorado en los patrimonios culturales de los que procede. Quizá la primera antología del aforismo mexicano ahí encuentre su espacio natural de expresión.

La redención del género se plantea como primer acercamiento; el segundo mostrará las simpatías y diferencias con otros géneros de la brevedad inquisitiva; el tercero expondrá un escolio a *Breves notas tomadas en la escuela de la vida*, que en septiembre del 2010 cumplió el centenario de su aparición en las letras mexicanas y, finalmente, ofrecerá una fría y seca demografía autoral, acompañada de un íngrimo ejemplo, para llamar la atención sobre los nombres, plumas y afanes aforísticos de los escritores mexicanos que entre los siglos XIX, XX y la primera década de la centuria que transcurre han labrado su pensamiento en los fértiles espacios de la escritura aforística.

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Además del aforismo, éstos son los géneros narrativos, entre otros, que recurren a la brevedad literaria – microrrelato, apotegma, sentencia, máxima – y a la folclórica – leyenda, adivinanza, proverbio, chiste – para su concreción artística.

Al refranero mexicano, se acogió un ministro ante un virulento ataque opositorista: “Soy una mula cuereada.” Un proverbio alemán asienta: “Si quieres ser un asno, todo el mundo pondrá su saco sobre ti.” Otro holandés sostiene: “Es una extraña querella la de todo asno que se lamenta de otro asno.” Para no empantanarme en la redundancia, remito a los lectores al apartado previo donde se trazó el deslinde literario con respecto a los géneros de tradición oral.

Más apunto que tales formas populares, folclóricas, tienen de común su carácter anónimo, pertenecen al dominio público, obedecen a un tiempo cíclico, se adaptan a las condiciones culturales o sociales de una época, resumen la idiosincrasia y sabiduría de una comunidad y sirven para instruir a su parvulario. Por lo general, éstas son las características básicas de la leyenda, la adivinanza, el proverbio y el chiste. Estos mismos rasgos pueden aplicarse a las restantes formas de la oralidad con que una comunidad sintetiza en el folclor su arraigo en la tierra. Cumplen la función social de conservar su saber, transmiten su experiencia de vida y educan a sus integrantes en las modalidades de la Naturaleza, acoplan al grupo social y los dota de las herramientas que les permiten sobrevivir en un medio a veces hostil, otras paradisiaco, siempre mutante.

De los géneros narrativos apuntados más atrás, debo explicar la naturaleza cuentística del microrrelato, pues suele confundirse con el aforismo de forma habitual. El

microrrelato es una forma eminentemente escritural, a diferencia de las folclóricas, ágrafas, naturalmente pertenecientes a la tradición oral. Como forma expresiva, administra un propósito artístico.

Emergido de una robusta cultura literaria, el microrrelato, a pesar de los recientes acosos analíticos en la academia y la tertulia literaria, no dispone de una definición general y literariamente aceptada. En Barcelona, Caracas, Santiago o ciudad de México, entre otros centros productores de su creación artística como de las perquisiciones que tratan de ceñirlo, cada escritor o analista literario ha lanzado un concepto que postula su definición. Uno por uno plantea una verdad literaria; cada concepto blandido aloja en sí mismo su refutación. Estos balbuceos no escapan a esta naturaleza escurridiza. En consecuencia, el microrrelato obedece a la pertinaz manía del ser humano de compulsar su estancia en la tierra, domeñar su carácter, soliviantar la vida doméstica, anhelar la carne próxima, ensoñar otras vidas, recrear sus ocios, maldecir al prójimo. Al contar una historia – quiero decir, *escribir* –, registra las cimas de sus afanes y el infierno de su tiempo. Allí, en ese microcosmos literario, se encuentra la memoria de su estancia en el mundo.

Estrictamente, un microrrelato sigue las añejas reglas de composición aristotélicas. Se apega servilmente a una trama cuyo héroe vivirá o planteará un conflicto, en un escenario unívoco, donde ambientará sus acciones durante un tiempo perentorio, en cuyo transcurrir acaso se tope con una doncella, su mismo yo o su némesis, con quien ralentizará en su conclusión abierta o cerrada una epifanía. El curso de las acciones del héroe sigue la estela de una flecha al perseguir la nuez de una diana.

EL AFORISMO Y SU REDENCIÓN

Por su naturaleza, el aforismo se sitúa en un punto equidistante entre los géneros como la adivinanza, el chiste, la leyenda y el refrán, entre otros soportes vernáculos, pues son los formatos de una tradición oral que, ya se ha dicho, por su condición exigen el anonimato, la creación colectiva y el dominio público, que son justamente los rasgos opuestos a los géneros literarios. En los formatos de tradición oral su soporte yace en la memoria de la colectividad, que es su más idóneo vehículo de transmisión y recreación.

En la adivinanza, el chiste, la leyenda y el refrán se funden la picardía, el ingenio de un pueblo, su sabiduría, idiosincrasia e historia colectiva. Estos soportes de la tradición popular tienen como propósitos enseñar, divertir, conservar, aleccionar a los integrantes de una comunidad viva. Cada una de estas formas expresivas se sujeta a la rueda del tiempo: aparecen, se olvidan y vuelven a surgir desalestadas por las circunstancias sociales, cuyos requerimientos a su vez actualizan los contenidos latentes; por esta condición efímera, la fijación del “texto oral” es una tarea imposible. Aunque no comparte la agrafía de los formatos tradicionales, la parábola conserva un ascendiente bíblico que obliga a recapitular las acciones emprendidas por el ser humano bajo una circunstancia específica; además, por su naturaleza evangélica pretende una enseñanza religiosa o una lección de vida, nunca cívica, lección que sí puede desprenderse de su contraparte el microrrelato o la fábula, ésta con un inevitable didactismo y un carácter moral.

Las arquitecturas del aforismo, la fábula y el microrrelato exigen su fijación textual. Por la tradición literaria que forjan, ninguno es cíclico; es decir, no se sujetan a los procesos de reciclaje a que están sometidas las formas orales tradicionales. Por otra parte, el

aforismo suele lindar y lidiar también con el microrrelato, la fábula, la greguería, la máxima e incluso la parábola.

Para avanzar en esta historia y en la formación de un repertorio aforístico, expongo una definición complementaria que circunda la noción de aforismo, lo dibuja en sus contornos pero, sobre todo, la divulgo como mera hipótesis de trabajo. Para lograr este propósito, adelanto un apunte que circunscribe al género en acecho: El aforismo es el género por excelencia de la madurez tanto del hombre como del literato, la oración de los escritores *veteres*; se trata de una expresión de sabiduría que condensa los saberes de una vida. Para su enunciado se vale de una oración simple o una frase. Siempre es un fulgor, una revelación. Un relámpago de saber. Es un género más allegado a la reflexión del pensamiento filosófico que a la invención literaria, más cercano a las experiencias de vida, el sumo de innumerables composiciones. Junto con el apotegma y la máxima, el aforismo pertenece al mismo orden ideológico de las formas, excepto que no comparte con uno el arquetipo religioso, con el otro, el mandato. En los tres, la mimesis los gobierna. José de la Colina definió así su concepto de aforismo en un correo electrónico con este lector suyo: “[...] el aforismo debe ser una cápsula filosófica, una idea o contraidea, o sea más pensamiento que sensación o imagen o metáfora” (12 de diciembre, 2010).

La narratividad es otra de las características intrínsecas de este género, aunque los aforismos de Gerardo Deniz asentados en *Letritus* rompen con esta regla de oro del viejo pacto de la representación prosística, establecida luego de aparecer los aforismos hipocráticos, el origen más remoto de esta arquitectura argumental.

En su condición de médico, Hipócrates acuñó el único género no fundado por un literato. Desde entonces es habitual que las más diversas tribus de profesionistas publiquen su aforística, al menos en México, donde arquitectos, políticos, historiadores, dibujantes, libreros, filósofos y literatos han plasmado su invención aforística. De este modo, han dado continuidad a una tradición que se remonta a la cultura y civilización grecorromanas.

Cierro este apartado con una definición operativa: Un aforismo es un argumento controvertible aunque veleidoso, que soporta una experiencia, un saber empírico expresado en una definición conceptual, un pensamiento educado por el libre albedrío. Jamás narra una historia, eventualmente fomenta una lección cívica o moral; por historia y tradición no profesa dogmas, aunque las creencias obtienen su rédito durante la concepción; sus dominios también circundan la estética de las artes, la biografía, los credos, además de ceñir las idiosincrasias y las tradiciones. En la prosa tiene su soporte habitual, regla de oro que admite las excepciones contemporáneas. Nunca es epifánico, pero sí confesional. La experiencia y el dominio de un saber o una técnica, así como el empirismo subyacen en el género, por ello el escritor *veter* es quien más lo ha frecuentado, según los indicios y las evidencias documentales que sustentan este comentario; en consecuencia, es el género de la madurez literaria.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- AMARA, Luigi, (2006): “La tradición fantasmal del aforismo en México”, en *Cuaderno Salmón*, año 1, núm. 1, verano, pp. 207-219.
- ELIZONDO, Salvador (2000): *Cuaderno de escritura*, FCE, México, p. 149.

- FERNÁNDEZ, Jesse (1994): (estudio crítico y antología), *El poema en prosa en Hispanoamérica. Del modernismo a la vanguardia*, Hiperión, Madrid, p. 240.
- GROSS, John, 1983: *The Oxford Book of Aphorisms*, Oxford, Oxford University Press, 383 pp.
- HABSBURGO, Maximiliano de (1869): “Aforismos”, en *Recuerdos de mi vida. Memorias de Maximiliano*, traducción de José Linares, edición de Luis Méndez F. Escalante, t. II, México, pp. 203-228.
- HELGUERA, Luis Ignacio (1993): (estudio preliminar, selección y notas), *Antología del poema en prosa en México*, FCE, México, 461 pp.
- KRONENBERGER, Louis y W. H. Auden (eds.) (1981): *The Viking Book of Aphorisms*, Oxford, New York, Dorset Press, 430 pp.
- MUNGUÍA ZATARAIN, Irma y Gilda Rocha Romero (1992): *Aforismos (Una selección libre)*, México, UPN, 104 pp.
- MUNGUÍA ZATARAIN, Irma y Gilda Rocha Romero (2007) *Diccionario antológico de aforismos*, México, UAM Iztapalapa, 438 pp.
- PERUCHO, Javier (2005): (selección), “El aforismo en México”, en *La Jornada Semanal*, núm. 518, 6 de febrero de 2005, pp. 8-9, 14.
- REYES, Alfonso (1968): *Anedotario*, prólogo de Alicia Reyes, Era, México, p. 119.
- UTRERA TORREMOCHA, María Victoria (1999) *Teoría del poema en prosa*, Universidad de Sevilla, Sevilla, , p. 395.
- ZAID, Gabriel (1999): “El ensayo más breve del mundo”, en *Leer poesía*, Océano, México, p. 324.

© Javier Perucho



<http://lejana.elte.hu>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C